

PRIMERA PARTE

Individuos o grupos estamos hechos de líneas, de líneas de muy diversa naturaleza. Un primer tipo de línea sería segmentaria, de segmentariedad dura (en realidad existen muchas líneas como ésta); la familia-la profesión; el trabajo-las vacaciones; la familia-y luego la escuela-y luego el ejército-y luego la fábrica-y luego el retiro. Y a cada nuevo segmento no dejan de repetirnos: ahora ya no eres un niño; en la escuela, aquí ya no es como en casa; en el ejército, aquí ya no es como en la escuela... En resumen, todo tipo de segmentos bien determinados, en todas direcciones, cortándonos en todos los sentidos: paquetes de líneas segmentarizados. Pero al mismo tiempo tenemos unas líneas de segmentariedad mucho más flexibles, en cierta medida moleculares. No es que sean más íntimas o personales, puesto que no sólo atraviesan a los individuos, sino también a los grupos y a las sociedades. Son líneas que trazan pequeñas modificaciones, se desvían, esbozan caídas o impulsos, sin que por ello sean menos precisas, puesto que incluso llegan a dirigir procesos irreversibles. Más que líneas moleculares segmentarias son flujos moleculares por umbrales o quanta: se franquea un umbral que no coincide forzosamente con un segmento de las líneas más visibles. En este segundo tipo de líneas, de devenires, de micro-devenires que no tienen el mismo ritmo que nuestra «historia», suceden muchas cosas. Por eso, qué penosas son las historias familiares, los puntos de referencia, las rememoraciones, nuestros verdaderos cambios se producen a otro nivel,

otra política, otro tiempo, otra individuación. Un oficio, por ejemplo profesor, juez, abogado, contable, criada, es un segmento duro, pero también es muchas más cosas: ¿cuántas conexiones, atracciones y repulsiones se producen en él que no coinciden con los segmentos?, ¿cuántas locuras secretas y a pesar de todo en relación con los poderes públicos? Pero aún tenemos un tercer tipo de línea, que todavía es mucho más extraña: como si algo nos arrastrara a través de nuestros segmentos, pero también a través de nuestros umbrales, hacia un destino desconocido, imprevisible, no preexistente. Esta línea es simple, abstracta, y sin embargo es la más complicada de todas, la más tortuosa: es la línea de gravedad o de celeridad, la línea de fuga y de mayor pendiente («la línea que debe describir el centro de gravedad es realmente muy simple, y, según su punto de vista, recta en la mayoría de los casos... pero desde otro, tiene algo de excesivamente misterioso, puesto que, según él, no es más que el camino seguido por el alma del bailarín...»).¹ En cierto sentido da la impresión de que esta línea surge después, de que se separa de las otras dos, pero eso en el caso de que llegue a conseguirlo, puesto que quizás haya personas que no tienen esta línea, que sólo tienen las otras dos, o que sólo tienen una, que no viven más que en una. Pero en otro sentido esta línea está presente desde siempre, sin que por ello deje de ser lo contrario de un destino: no tiene por qué separarse de las otras dos, sería más bien la primera, las otras derivarían de ella. En cualquier caso lo cierto es que las tres líneas son inmanentes, están imbricadas unas en otras. Tenemos tantas líneas enmarañadas como una mano. Somos tan complicados como una mano. Lo que nosotros denominamos de diversas maneras —esquizo-análisis, micro-política, pragmática, diagramatismo, rizomática, cartografía— no tiene otro objeto que el estudio de estas líneas, en los grupos o en los individuos.

En un relato admirable, Fitzgerald explica cómo en una vida

¹ KLEIST: *Du théâtre de marionnettes*.

siempre hay varios ritmos, varias velocidades.² Y como Fitzgerald es un drama vivo y define la vida como un proceso de demolición, su texto es negro, pero no por ello menos ejemplar, e inspirando amor en cada frase. Nunca tuvo tanto genio como cuando se puso a hablar de su pérdida de genio. Según él, en primer lugar están los grandes segmentos: rico-pobre, joven-vejejo, éxito-pérdida del éxito, salud-enfermedad, amor-marchitamiento, creatividad-esterilidad, que siempre están relacionados con acontecimientos sociales (crisis económica, quiebra de la bolsa, auge del cine que desbanca a la novela, aparición del fascismo, en una plabra, todas las cosas heterogéneas que sean necesarias, pero cuyos segmentos se corresponden y se precipitan). Fitzgerald llama a eso cortes, cada segmento señala o puede señalar un corte. Se trata, pues, de un tipo de línea, la línea segmentarizada, que nos concierne a todos en tal fecha, en tal lugar. Y poco importa que tienda hacia la degradación o hacia la promoción (triunfar de esa forma en la vida no es mejor que lo contrario: el sueño americano consiste tanto en empezar como barrendero y acabar en millonario, como en lo contrario, los segmentos son los mismos). Pero al mismo tiempo Fitzgerald habla de otra cosa: de las líneas de fisura, que no coinciden con las líneas de grandes cortes segmentarios. En este caso se diría que un plato se resquebraja. Cuando todo marcha bien o va mejor en la otra línea, es cuando se produce la fisura en esta nueva línea, secreta, imperceptible, señalando un umbral de disminución de resistencia o el aumento de un umbral de exigencia: ya no se soporta lo que hasta ayer se soportaba; se ha producido un cambio en nuestra distribución de deseos, nuestras relaciones de velocidad y de lentitud se han modificado, ha aparecido un nuevo tipo de angustia, pero también una nueva serenidad. Ciertos flujos se han modificado. Cuando vuestra salud era mejor, cuando vuestra riqueza estaba más asegurada, vuestro talento más afirmado, es cuando se produce el pequeño chasquido que va a inclinar la línea. O a la inversa: empezáis a ir mejor justo cuando todo empieza a tambalearse en la otra

² FITZGERALD: *La Fêlure*, Ed. Gallimard.

línea, ¡menudo alivio! No poder soportar más algo puede ser un progreso, pero también un miedo de viejo, o los primeros síntomas de una paranoia; por supuesto, también puede ser una estimación política o afectiva perfectamente justa. No se cambia, no se envejece de la misma manera en una línea que en otra. No obstante, la línea flexible no es la más personal, la más íntima, pues de la misma forma que los macro-cortes son personales, las micro-fisuras son también colectivas. Fitzgerald todavía habla de una tercera línea, que él llama *de ruptura*. Se diría que nada ha cambiado, y sin embargo todo ha cambiado. Indudablemente no son los grandes segmentos, cambios o incluso viajes, los que crean esta línea, ni tampoco las mutaciones más secretas, los umbrales móviles y fluidos, aunque bien es cierto que se le parecen. Más bien habría que decir que se ha alcanzado un umbral «absoluto». Ya no hay secreto. Uno se ha vuelto como todo el mundo, pero precisamente ha hecho de ese «todo-el-mundo» un *devenir*. Uno se ha vuelto imperceptible, clandestino. Uno ha hecho un curioso viaje inmóvil. A pesar de una cierta diferencia de tono es prácticamente así como Kierkegaard describe al caballero de la fe, YO SOLO MIRO LOS MOVIMIENTOS: ³ el caballero ya no tiene los segmentos de la resignación, ni tampoco la flexibilidad del poeta o del bailarín; no se deja ver, más bien parece un burgués, un preceptor, un tendero; baila con tanta precisión que se diría que camina, o que permanece inmóvil; se confunde con la pared, pero la pared se ha convertido en algo vivo, se ha pintado con dos manos de gris, o como la Pantera rosa, ha pintado el mundo de su color, ha adquirido algo de invulnerable, y sabe que cuando se ama, cuando se ama y para amar, uno debe bastarse a sí mismo, abandonar el amor y el yo... (es muy curioso cómo Lawrence ha escrito páginas parecidas). Se ha convertido en una línea abstracta, en un puro movimiento difícil de discernir; jamás empieza nada, coge las

³ KIERKEGAARD: *Temor y temblor*, Ed. Losada (y como Kierkegaard, en función del movimiento, esboza una serie de escenarios que pertenecen ya al cine).

cosas por el medio, siempre está en el medio — ¿en el medio de las otras dos líneas? «Yo sólo miro los movimientos.»

En la actualidad, Deligny, tras observar el recorrido de los niños autistas, nos propone una cartografía en la que aparecen las siguientes líneas: las líneas habituales; pero también las líneas flexibles, en las que el niño hace un giro, encuentra algo, palmorea, canturrea una cantinela, vuelve sobre sus pasos; y luego, imbricadas en las otras dos, las «líneas de errancia». ⁴ En realidad todas las líneas están enmarañadas. Deligny hace un geoanálisis, un análisis de líneas que se sitúa lejos del psicoanálisis, y que no sólo concierne a los niños autistas, sino a todos los niños, a todos los adultos (fijáos en la manera de caminar de cualquiera, si no está demasiado atrapado en la segmentariedad dura, ya veréis cuántas pequeñas invenciones introduce; y esto no sólo es válido para la manera de caminar, sino también para los gestos, los afectos, el lenguaje y el estilo).

No obstante habría que dar un estatuto más preciso a las tres líneas. Así, para las líneas molares de segmentariedad dura, podemos indicar un cierto número de caracteres que explican su agenciamiento, o más bien su funcionamiento en los agenciamientos de los que forman parte (y no hay ninguno que no las tenga). Los caracteres serían, más o menos, estos:

① Los segmentos dependen de máquinas binarias, muy diversas según las necesidades. Máquinas binarias de clases sociales, de sexos, hombre-mujer; de edades, niño-adulto; de razas, blanco-negro; de sectores, público-privado; de subjetivaciones, en nosotros-fuera de nosotros. Máquinas binarias complejas en la medida en que se cortan o chocan unas con otras, se enfrentan, y nos cortan a nosotros mismos en todos los sentidos. Máquinas binarias que no son meramente dualistas, sino más bien dicotómicas: pueden actuar diacrónicamente (si no eres *a* ni *b*, eres *c*: el dualismo se ha desplazado, ya no

⁴ FERNAND DELIGNY: *Cahiers de l'immuable*, Ed. Recherches.

concierno a elementos simultáneos a elegir, sino a elecciones sucesivas; si no eres blanco ni negro, eres mestizo; si no eres hombre ni mujer, eres travestí: la máquina de elementos binarios siempre producirá elecciones binarias entre elementos que no entran en el primer corte).

2.º) Los segmentos implican también dispositivos de poder, muy diversos entre sí, fijando cada uno el código y el territorio del segmento correspondiente. Foucault, después de analizar a fondo estos dispositivos, se ha negado a verlos como simples emanaciones de un aparato de Estado preexistente. Cada dispositivo de poder es un complejo código-territorio (no te acerques a mi territorio, aquí mando yo...). El señor de Charlus se desploma en casa de la señora Verdurin porque se ha aventurado fuera de su territorio, y allí su código ya no funciona. Segmentariedad de los despachos contiguos en Kafka. Al descubrir esta segmentariedad y esta heterogeneidad de los poderes modernos, Foucault ha podido romper con las abstracciones vacías del Estado y de «la» ley, renovando así todos los presupuestos del análisis político. No que el aparato de Estado no tenga sentido: al contrario, tiene una función muy particular en la medida en que sobrecodifica todos los segmentos, los que asume en tal o tal momento, y a la vez los que deja fuera de sí. El aparato de Estado sería más bien un agenciamiento concreto que efectúa la máquina de sobrecodificación de una sociedad. Pero esta máquina no se confunde con el Estado, su papel es organizar los enunciados dominantes y el orden establecido de una sociedad, las lenguas y los saberes dominantes, las acciones y los sentimientos adecuados a dicho orden, los segmentos que prevalecen sobre los demás. La máquina abstracta de sobrecodificación asegura la homogeneidad de los diferentes segmentos, su convertibilidad, su traductibilidad, regula el paso de unos a otros, y bajo qué tipo de prevalencia. No depende del Estado, pero su eficacia depende de él como del agenciamiento que la efectúa en un campo social (por ejemplo, los diferentes segmentos monetarios, los diferentes tipos de moneda, están sujetos a reglas de convertibilidad, entre sí y con los bienes, que

remiten a un banco central como aparato de Estado). La geometría griega ha funcionado como una máquina abstracta que organizaba el espacio social bajo las condiciones del agenciamiento concreto del poder de la ciudad. Ahora bien, uno se preguntará cuáles son, en la actualidad, las máquinas abstractas de sobrecodificación que se ejercen en función de las formas de Estado moderno. Incluso se pueden llegar a concebir «saberes» que ofrezcan sus servicios al Estado, proponiéndose efectuarlo, pretendiendo proporcionar las máquinas más adecuadas en función de las tareas o de los objetivos de éste: ¿será acaso la informática?, ¿también las ciencias humanas? Las ciencias de Estado no existen, lo que sí existe son máquinas abstractas que tienen relaciones de interdependencia con el Estado. Así pues, en la línea de segmentariedad dura debemos distinguir los dispositivos de poder que codifican los diversos segmentos, la máquina abstracta que los sobrecodifica y regula sus relaciones, el aparato de Estado que efectúa dicha máquina.

3.º) Por último, toda la segmentariedad dura, todas las líneas de segmentariedad dura implican un tipo de plano que concierno a la vez a las formas y a su desarrollo, a los sujetos y a su formación. Plano de organización que dispone siempre de una dimensión suplementaria (sobrecodificación). La educación del sujeto y la armonización de la forma no han cesado de obsesionar a nuestra cultura, de inspirar segmentaciones, planificaciones, máquinas binarias que las cortan y máquinas abstractas que las cortan de nuevo. Como dice Pierrette Fleutiaux, cuando un contorno se pone a temblar, cuando un segmento vacila, se recurre a la terrible Lente cortadora, al Laser que reordena las formas y pone a los sujetos en su sitio.⁵

Para el otro tipo de líneas, el estatuto parece totalmente distinto. Los segmentos no son los mismos: proceden por umbrales, constituyen devenires, bloques de devenir, marcan continuos de intensidad, conjugaciones de flujos. Las máquinas

⁵ PIERRETTE FLEUTIAUX: *Histoire du gouffre et de la lunette*, Ed. Julliard.

abstractas tampoco son las mismas: son mutantes y no sobreco-
dicantes, marcan sus mutaciones en cada umbral y en cada
conjugación. El plano tampoco es el mismo: plano de consis-
tencia o de inmanencia que arranca partículas a las formas,
partículas entre las que ya no hay más que relaciones de velo-
ciad o de lentitud, y a los sujetos, afectos, afectos que ya no
efectúan más que individuaciones por «haecceidad». Las
máquinas binarias ya no tienen ningún poder sobre ese real, y
- no porque cambie el segmento dominante (tal clase social, tal
- sexo...), ni tampoco porque se impongan mixtos del tipo
bisexualidad, mezcla de clases, sino porque las líneas moleculares
hacen pasar entre los segmentos flujos de desterritorialización
que ya no pertenecen ni a uno ni a otro, pero que constituyen el
devenir asimétrico de los dos: sexualidad molecular que ya no es
ni la de un hombre ni la de una mujer, masas moleculares que
ya no poseen los límites de una clase, razas moleculares como
pequeños clones que ya no responden a las grandes oposiciones
- molares. Y no se trata de una síntesis de los dos, de una síntesis de
1 y de 2, sino de un tercero que siempre procede de otra parte y
descompone la binariedad de los dos, puesto que no se inscribe
ni en oposición ni en complementariedad con respecto a ellos.
- Tampoco se trata de añadir en la línea un nuevo segmento a los
segmentos precedentes (un tercer sexo, una tercera clase, una
tercera edad), sino de trazar otra línea en medio de la línea
segmentaria, en medio de los segmentos, que los arrastrará a
velocidades y lentitudes variables en un movimiento de fuga o de
flujo. Siempre hay que hablar como un geógrafo: supongamos
que entre *el Oeste y el Este* se instala una cierta segmentariedad,
opuesta en una máquina binaria, organizada en aparatos de
Estado, sobrecodificada por una máquina abstracta como
esbozo de un Orden mundial. En ese caso la «desestabilización»
se producirá de *Norte a Sur*, como dice melancólicamente
Giscard d'Estaing, un arroyo se abrirá que, aunque sea poco
profundo, pondrá todo en juego y hará que fracase el plano de
organización. Aquí un corso, en otra parte un palestino, un
secuestrador de aviones, una revuelta tribal, un movimiento
feminista, un ecologista verde, un ruso disidente, siempre habrá

alguien para surgir al sur. Imaginad a los griegos y a los
troyanos como dos segmentos opuestos, frente a frente; de
pronto llegan las amazonas, y como primero vencen a los
troyanos, los griegos exclaman, «las amazonas con nosotros»,
pero entonces se vuelven contra ellos y los cogen a contrapelo
con la violencia de un torrente. Así empieza la *Pentesilea* de
Kleist. Las grandes rupturas, las grandes oposiciones, siempre
son negociables; pero la pequeña fisura, las rupturas impercepti-
bles que vienen del sur, esas no. Decimos «sur» sin concederle
mucha importancia. Si hablamos de sur es para señalar una
dirección que ya no es la de la línea segmentaria. Cada uno tiene
su sur, y poco importa dónde esté situado, es decir, cada uno
tiene su línea de caída o de fuga. Las naciones, las clases, los
sexos, también tienen su sur. Godard: no sólo son importantes
los dos campos que se oponen y se confrontan sobre la gran
línea, la frontera también cuenta, frontera por donde todo pasa
y huye siguiendo una línea quebrada molecular orientada de
forma distinta. Mayo del 68 fue la explosión de una línea
molecular de ese tipo: irrupción de las amazonas, frontera que
trazaba su línea inesperada, arrastrando los segmentos como
bloques arrancados que ya no se podían reconocer.

Se nos puede objetar que con estos dos tipos de líneas,
segmentarizadas, planificadas, maquinadas de forma distinta,
no somos capaces de escapar al dualismo. Pero lo que define un
dualismo no es el número de términos, ni tampoco se sale de él
añadiendo otros ($x > 2$). La única forma de escapar efectiva-
mente a los dualismos es desplazarlos como se desplaza un
carga, hasta encontrar entre los términos, ya sean dos o más, un
desfiladero estrecho, semejante a una linde o a una frontera,
que va a convertir al conjunto en una multiplicidad independien-
temente del número de partes. Lo que nosotros llamamos agen-
ciamiento es precisamente una multiplicidad. Ahora bien,
cualquier tipo de agenciamiento incluye necesariamente no sólo
líneas de segmentariedad dura y binaria, sino también líneas
moleculares o líneas de linde, de fuga o de pendiente. No nos
parece que sean precisamente los dispositivos de poder los que

constituyen los agenciamientos, sino que forman parte de ellos en una dimensión tal que sobre ella todo el agenciamiento puede bascular o replegarse en un momento determinado. Pero precisamente en la medida en que los dualismos pertenecen a esa dimensión, otra dimensión del agenciamiento no forma dualismo con ella. No existe dualismo entre las máquinas abstractas sobrecodificadoras y las máquinas abstractas de mutación: estas últimas se encuentran segmentarizadas, organizadas, sobrecodificadas por las primeras, pero al mismo tiempo las minan, puesto que cada una actúa sobre la otra en el seno del agenciamiento. Tampoco existe dualismo entre el plano de organización trascendente y el plano de consistencia inmanente: éste último no cesa de arrancar partículas a las formas y a los sujetos del primero, partículas entre las que ya no hay más que relaciones de velocidad y de lentitud; pero al mismo tiempo el plano de organización trascendente se construye sobre el plano de inmanencia, trabajándolo para bloquear los movimientos, fijar los afectos, organizar las formas y los sujetos. No sólo los indicadores de velocidad suponen formas que ellos mismos disuelven, también las organizaciones suponen un material en fusión que ellas ordenan. Así pues, nosotros no hablamos de un dualismo entre dos tipos de «cosas», sino de una multiplicidad de dimensiones, de líneas, de direcciones en el seno de un agenciamiento. A la pregunta ¿cómo puede el deseo desear su propia represión, su esclavitud?, nosotros respondemos que los poderes que aplastan el deseo o que lo someten ya forman parte de los mismos agenciamientos de deseo: basta con que el deseo siga esa línea, con que quede atrapado, como un barco, en ese viento. Ni hay deseo de revolución, ni deseo de poder, ni deseo de oprimir o de ser oprimido; revolución, opresión, poder, etc., son líneas componentes actuales de un agenciamiento dado. No que estas líneas preexistan, sino que se trazan, se componen, inmanentes unas respecto a otras, enmarañadas unas en otras, al mismo tiempo que se crea el agenciamiento de deseo, con sus máquinas imbricadas y sus planos entrecortados. No se puede saber de antemano lo que va a funcionar como línea de pendiente, ni la

forma de lo que va a venir a interceptarla. Y esto es válido, por ejemplo, para un agenciamiento musical: con sus códigos y territorialidades, sus coacciones y sus aparatos de poder, sus medidas dicotomizadas, sus formas melódicas y armónicas en desarrollo, su plano de organización trascendente; pero también con sus transformadores de velocidad entre moléculas sonoras, su «tiempo no pulsado», sus proliferaciones y disoluciones, sus devenires-niño, devenires-mujer, animal, su plano de consistencia inmanente. A pesar del papel de poder que la Iglesia desempeñó durante mucho tiempo en los agenciamientos musicales, hay que tener en cuenta lo que los músicos lograban hacer pasar a través de ellos, en medio de ellos. Y esto no sólo es válido para los agenciamientos musicales, es válido para cualquier agenciamiento.

Lo que habría que comparar en cada caso son lo movimientos de desterritorialización y los procesos de re-territorialización que aparecen en un agenciamiento. Pero ¿qué quieren decir estas palabras que Félix ha inventado para utilizarlas como coeficientes variables? Para explicarlo podríamos recurrir a uno de los lugares comunes de la evolución de la humanidad: el hombre es un *animal desterritorializado*. Cuando se nos dice que el homínido retira de la tierra sus patas delanteras, y que la mano es primero locomotora y más tarde prensil, de lo que nos están hablando es de umbrales o quanta de desterritorialización, pero con la consiguiente re-territorialización complementaria: la mano locomotora como pata desterritorializada se reterritorializa en las ramas de las que se sirve para pasar de un árbol a otro; la mano prensil como locomoción desterritorializada se reterritorializa en elementos arrancados, adaptados, llamados herramientas, que va a esgrimir o propulsar; pero la herramienta «bastón» es una rama desterritorializada. Y las grandes invenciones del hombre implican el paso a la estepa como bosque desterritorializado, pero a la vez una re-territorialización del hombre en la estepa. Se dice que el seno es una glándula mamaria desterritorializada a causa de la posición vertical, y que la boca es un hocico desterritorializado como consecuencia del

plegamiento de las mucosas en el exterior (labios); pero al mismo tiempo se produce una re-territorialización correlativa de los labios sobre el seno, y a la inversa. Así pues, los cuerpos y los medios están recorridos por velocidades de desterritorialización muy diferentes, velocidades diferenciales cuyas complementariedades van a formar continuos de intensidad, pero también van a dar lugar a procesos de re-territorialización. En última instancia podría decirse que la desterritorializada es la Tierra («el desierto crece...»), y que el nómada, el hombre de la tierra, es el hombre de la desterritorialización — aunque también sea el que no se mueve, el que permanece apegado al medio, desierto o estepa.

SEGUNDA PARTE

Pero es en campos sociales concretos, y en tal o tal momento, en los que hay que estudiar los movimientos comparados de desterritorialización, los continuos de intensidad y las conjugaciones de flujos que crean. Si tomamos como ejemplos toda la serie de movimientos que se producen aproximadamente hacia el siglo XI: el movimiento de fuga de las masas monetarias; la gran desterritorialización de las masas campesinas bajo la presión de las últimas invasiones y de las crecientes exigencias de los señores; la desterritorialización de las masas nobiliarias, que adquiere formas tan diversas como la cruzada, la instalación en las ciudades, las nuevas formas de explotación de la tierra (arrendamiento o asalariado); la nueva configuración de las ciudades, cuyos equipamientos son cada vez menos territoriales; la desterritorialización de la Iglesia, con la pérdida de bienes terrenales, su «paz de Dios», la organización de cruzadas; la desterritorialización de la mujer, primero con el amor caballeresco, y más tarde con el amor cortés —vemos que las Cruzadas (incluidas las de los niños) pueden aparecer como un umbral de conjugación de todos esos movimientos—. Así pues, y en cierto sentido, podría decirse que en una sociedad lo primero son las líneas, los movimientos de fuga que, lejos de suponer una huida fuera de lo social, lejos de ser utópicos o incluso ideológicos, son constitutivos del campo social, puesto que trazan su pendiente y sus fronteras, es decir, todo el devenir. En líneas generales reconocemos a un marxista cuando dice que una

sociedad se contradice, que una sociedad se define por sus contradicciones, y particularmente por sus contradicciones de clase. Nosotros decimos más bien que en una sociedad todo huye, y que una sociedad se define precisamente por esas líneas de fuga que afectan a masas de cualquier naturaleza (una vez más «masa» es una noción molecular). Una sociedad, pero también un agenciamiento colectivo, se define en primer lugar por sus máximas de desterritorialización, por sus flujos de desterritorialización. Las grandes aventuras geográficas de la historia son líneas de fuga, es decir, largas marchas a pie, a caballo o en barco: la de los Hebreos en el desierto, la de Genserico el Vándalo atravesando el Mediterráneo, la de los nómadas a través de la estepa, la Larga Marcha de los chinos — la creación siempre se produce sobre una línea de fuga, y no porque se fantasee o se sueñe, sino al contrario, porque uno traza sobre ella algo real y construye un plano de consistencia. Huir, pero mientras se huye, buscar un arma.

Esta primacía de las líneas de fuga no hay que entenderla cronológicamente, ni tampoco en el sentido de una eterna generalidad, sino que es más bien el hecho y el derecho de lo intempestivo —un tiempo no pulsado, una haecceidad semejante a un viento que se levanta, a una medianoche, a un mediodía—, puesto que al mismo tiempo se producen las re-territorializaciones: monetaria, sobre nuevos circuitos; rural, sobre nuevos modos de explotación; urbana, sobre nuevas funciones, etc. Y en la medida en que se produce una acumulación de todas estas re-territorializaciones, se perfila una «clase» que se beneficia particularmente de ellas, y que es capaz de homogeneizar y de sobrecodificar todos los segmentos. En último extremo habría que distinguir los movimientos de masas de cualquier naturaleza, con sus coeficientes de velocidad respectivos, de las estabilizaciones de clases, con sus segmentos distribuidos dentro de la re-territorialización de conjunto — actuando una misma cosa como masa y como clase, pero sobre dos líneas diferentes, enmarañadas, con contornos no coincidentes. A partir de ésto se puede comprender mejor por

qué unas veces decimos que, cuando menos, hay tres líneas diferentes, otras, que hay solamente dos, y otras, que no hay más que una, muy embrollada. En efecto, unas veces tres líneas:

- 1) la línea de fuga o de ruptura, que conjuga todos los movimientos de desterritorialización, les precipita los quanta, les arranca partículas aceleradas que entran en vecindad unas con otras, los lleva a formar parte de un plano de consistencia o
- 2) de una máquina mutante; la línea molecular, en la que las desterritorializaciones sólo son relativas, puesto que siempre están compensadas por re-territorializaciones que les imponen tantos giros y desvíos como equilibrios y estabilizaciones; por
- 3) último, la línea molar, con segmentos bien determinados, y en la que las re-territorializaciones se acumulan para constituir un plano de organización y pasar a formar parte de una máquina de sobrecodificación. Así pues, una vez tres líneas, de las que una sería la nómada, otra la migrante, y otra la sedentaria (y el migrante no es lo mismo que el nómada). Pero otras veces no habría más que dos, puesto que la línea molecular aparecería únicamente como oscilando entre los dos extremos, llevada unas veces por la conjugación de los flujos de desterritorialización, traída otras por la acumulación de las re-territorializaciones (el migrante unas veces se hace aliado del nómada, y otras mercenario o federado de un imperio: los Ostrogodos y los Visigodos). Y otras no habría más que una, la línea primera de fuga, de linde o de frontera, que se relativiza en la segunda línea, que se deja interceptar o cortar en la tercera. En estos casos incluso puede ser cómodo presentar LA línea como si naciera de la explosión de las otras dos. No hay nada más complicado que la línea o las líneas: de ella está hablando Melville cuando une las canoas en su segmentariedad organizada, el capitán Achab en su devenir animal y molecular, la ballena blanca en su loca huida. Y si volvemos a los regímenes de signos de los que hablábamos anteriormente vemos cómo la línea de fuga está interceptada en el régimen despótico, marcada con un signo negativo; cómo, en el régimen de los Hebreos, adquiere un valor positivo, pero relativo, al estar segmentarizada en procesos sucesivos... Y sólo se trataba de dos

* casos muy generales, ¡hay tantos otros! Lo esencial de la política siempre es eso. La política es una experimentación activa, puesto que nadie puede saber de antemano lo que va a pasar con una línea. Hacer pasar la línea, dice el contable: sí, sí, de acuerdo, el problema está en que se la puede hacer pasar por cualquier parte.

ELIGROS
1) ¡Hay tantos peligros!, cada una de las tres líneas tiene los suyos. El peligro de la segmentariedad dura o de la línea de ruptura aparece por todas partes. No sólo concierne a nuestras relaciones con el Estado, sino a todos los dispositivos de poder que trabajan nuestros cuerpos, a todas las máquinas binarias que nos cortan, a todas las máquinas abstractas que nos sobrecodifican; concierne a nuestra manera de percibir, de actuar y de sentir, a nuestros regímenes de signos. Y es bien cierto que los Estados nacionales oscilan entre dos polos: liberal, el Estado sólo es un aparato que orienta la efectuación de la máquina abstracta; totalitario, el Estado toma a su cargo la máquina abstracta y tiende a confundirse con ella. Pero los segmentos que nos atraviesan, y por los que obligatoriamente debemos de pasar, están marcados por una rigidez que, al mismo tiempo que nos tranquiliza, nos convierte en las criaturas más miedosas, también las más despiadadas, las más amargas. El peligro está en todas partes y es tan evidente que más bien habría que preguntarse hasta qué punto es cierto que tenemos necesidad de tal segmentariedad. Incluso si tuviéramos el poder de hacerla estallar, ¿acaso podríamos lograrlo sin destruirnos nosotros mismos?, hasta tal punto forma parte de las condiciones de vida, incluidas las de nuestro organismo y las de nuestra misma razón. La prudencia con la que debemos manejar esta línea, las precauciones que debemos tomar para suavizarla, inmovilizarla, desviarla, minarla, dan cuenta de un largo trabajo que no sólo se hace contra el Estado y los poderes, sino directamente sobre uno mismo.

*
2) Y esto es tanto más cierto cuanto que la segunda línea también tiene sus peligros. Por supuesto, no basta con alcanzar

o trazar una línea molecular, con ser arrastrado por una línea flexible. También aquí todo está implicado, nuestra percepción, nuestras acciones y pasiones, nuestros regímenes de signos. Pero en una línea flexible no sólo podemos encontrar los mismos peligros que en una línea dura, aunque estén miniaturizados, diseminados o más bien molecularizados —pequeños Edipos comunitarios han sustituido al Edipo familiar, relaciones de fuerza inestables han sustituido a los dispositivos de poder, las fisuras han reemplazado a las segregaciones—, sino que aún puede ocurrir algo mucho peor, puesto que las líneas flexibles también producen y tienen que afrontar sus propios peligros: un umbral franqueado demasiado rápido, una intensidad que se ha vuelto peligrosa porque no se podía soportar. No habíamos tomado suficientes precauciones. Es el fenómeno «agujero negro»: una línea flexible se precipita en un agujero negro del que ya no podrá salir. Guattari habla de los micro-fascismos que existen en un campo social sin estar necesariamente centralizados en un determinado aparato de Estado. Así pues, hemos abandonado el campo de la segmentariedad dura, pero hemos entrado en un régimen no menos concertado, en el que cada uno se hunde en su agujero negro y se vuelve peligroso en ese agujero, pues adquiere una seguridad sobre su caso, su papel y su misión mucho más inquietante que las certezas de la primera línea: los Stalin de los grupúsculos, los justicieros de barrio, los micro-fascismos de las bandas... Nosotros nunca hemos dicho, como se ha pretendido, que el esquizofrénico era el verdadero revolucionario. Para nosotros la esquizofrenia es más bien la caída de un proceso molecular en un agujero negro. Los marginales siempre nos han dado miedo, y hasta un poco de horror. No son lo suficientemente clandestinos.

[Nota de G. D.: En todo caso, me dan miedo. Hay un discurso molecular de la locura «in vivo», del drogadicto, o del delincuente, que no tiene nada que envidiar a los grandes discursos de un psiquiatra «in vitro». Tanta seguridad por un lado como certidumbre por el otro. Los marginales no son los que crean las líneas, lo único que hacen es instalarse en ellas,

apropiárselas, y eso está muy bien cuando tienen la curiosa modestia de los hombres de línea, la prudencia del experimentador, pero resulta catastrófico cuando caen en un agujero negro del que lo único que sale es la palabra microfascista de su dependencia y de su atolondramiento: «somos la vanguardia», «somos los marginales...».]

Incluso puede ocurrir que las dos líneas se alimenten mutuamente, y que la organización de una segmentariedad cada vez más dura, a nivel de los grandes conjuntos molares, conecte con la gestión de los pequeños terrores y de los agujeros negros en los que uno se hunde en la red molecular. Paul Virilio hace la descripción del Estado mundial tal y como se esboza en la actualidad: Estado de la paz absoluta aún más terrorífico que el de la guerra total, que se ha identificado plenamente con la máquina abstracta, y en el que el equilibrio entre las esferas de influencia y los grandes segmentos comunica con una «capilaridad secreta» — en el que la ciudad luminosa y bien delimitada ya sólo alberga a trogloditas nocturnos, hundido cada uno en su agujero negro, «ciénaga social» que completa exactamente la «sociedad evidente y superorganizada».¹

3) Pero sería todo un error creer que para evitar los peligros basta con tomar finalmente la línea de fuga o de ruptura. Primero hay que trazarla, saber cómo y dónde. Después, y es quizá lo más grave, está el peligro que conlleva. No sólo las líneas de fuga, las líneas de mayor pendiente, corren el riesgo de ser interceptadas, segmentarizadas, precipitadas en los agujeros negros, sino que además tienen un riesgo particular: convertirse en líneas de abolición, de destrucción, de los demás y de sí mismo. Pasión de abolición. ¿Por qué hasta la música da tantas ganas de morir? El grito de muerte de María, planísimo, a ras del agua, y el grito de muerte de Lulú, vertical y celeste. ¿No estará toda la música comprendida entre estos dos gritos? ¿Cómo es posible que todos los ejemplos que hemos dado de

¹ PAUL VIRILIO: *L'Insécurité du territoire*, Ed. Stock.

líneas de fuga, aunque sean los de nuestros escritores favoritos, acaban siempre tan mal? Si las líneas de fuga acaban mal, no es porque sean imaginarias, sino porque son reales y en su realidad. Si acaban mal, no sólo se debe a que son cortocircuitadas por las otras dos líneas, sino a que se cortocircuitan a sí mismas como consecuencia de un peligro que ellas mismas segregan. Kleist y su suicidio a dúo, Hölderlin y su locura, Fitzgerald y su demolición, Virginia Woolf y su desaparición. Por supuesto, algunas de estas muertes podemos imaginárnoslas tranquilas e incluso felices: haecceidad de una muerte que ya no es la de una persona, sino la liberación de un acontecimiento puro, a su hora, en su plano. ¿Pero cómo es posible que el plano de inmanencia, el plano de consistencia, sólo pueda aportarnos una muerte relativamente digna y no amarga? Lo cierto es que no estaba hecho para eso. Incluso si toda creación acaba en una abolición que la trabaja desde el principio, si toda la música es una búsqueda del silencio, eso no significa que puedan ser juzgadas ni por su final ni por su supuesto objetivo: lo desbordan por todas partes. Si desembocan en la muerte, no es porque estuvieran predestinadas, sino en función de un peligro que les es inherente. En una palabra, lo que queremos decir es lo siguiente: ¿por qué en las líneas de fuga, en tanto que reales, la «metáfora» de la guerra reaparece con tanta frecuencia, incluso al nivel más personal, más individual? Hölderlin y el campo de batalla, Hyperión. Kleist y la presencia constante en su obra de la idea de una máquina de guerra contra el aparato de Estado, y en su vida la idea de que hay que hacer una guerra, idea que acabará conduciéndole al suicidio. Fitzgerald: «Tenía la sensación de estar de pie, al crepúsculo, en un campo de tiro abandonado...» *Crítica y clínica*: la vida y la obra son una misma cosa cuando han abrazado la línea de fuga que las convierte en piezas de una misma máquina de guerra. En estas condiciones, hace mucho tiempo que la vida ha dejado de ser personal, y que la obra ha dejado de ser literaria o textual.

Por supuesto, la guerra no es una metáfora. Nosotros supo-

nemos, de acuerdo con Félix, que la máquina de guerra tiene una naturaleza y un origen distintos que el aparato de Estado. La máquina de guerra tendría su origen entre los pastores nómadas en su lucha contra los sedentarios imperiales, e implicaría una organización aritmética, en un espacio abierto en el que los hombres y los animales se distribuyen, opuesta a la organización geométrica del Estado, que distribuye un espacio cerrado (incluso cuando la máquina de guerra tiene que ver con la geometría, se trata de una geometría muy diferente de la del Estado, una especie de geometría arquimediana, una geometría de «problemas» y no de «teoremas» como la de Euclides). El poder del Estado no se basa en una máquina de guerra, sino en el ejercicio de las máquinas binarias que nos atraviesan y de la máquina abstracta que nos sobrecodifica: toda una «policía». La máquina de guerra, por el contrario, está atravesada por los devenires-animales, los devenires-mujer, los devenires-imperceptibles del guerrero (cf. el secreto como invención de la máquina de guerra, por oposición a la «publicidad» del déspota o del hombre de Estado). Dumézil ha insistido con frecuencia sobre esta posición excéntrica del guerrero respecto al Estado; Luc de Heusch muestra cómo la máquina de guerra viene del exterior y se precipita sobre un Estado ya desarrollado que no la incluía.² Pierre Clastres, en uno de sus últimos textos, explica cómo la función de la guerra, en los grupos primitivos, era precisamente la de conjurar la formación de un aparato de Estado.³ Se diría que el aparato de Estado y la máquina de guerra no pertenecen a las mismas líneas, no se construyen sobre las mismas líneas: mientras que el aparato de Estado pertenece a las líneas de segmentariedad dura, e incluso las condiciona en la medida en que efectúa su sobrecodificación, la máquina de guerra sigue las líneas de fuga y de mayor pendiente, llegando del fondo de la

estepa o del desierto y penetrando en el Imperio. Gengis Khan y el emperador de China. La organización militar, incluso la que Moisés da a su pueblo, es una organización de fuga, y no sólo porque consiste en huir de algo, o en hacer huir al enemigo, sino porque traza, allí por donde pasa, una línea de fuga o de desterritorialización que se confunde con su propia política y su propia estrategia. En esas condiciones, uno de los problemas más considerables que se les plantearán a los Estados será el de integrar la máquina de guerra bajo la forma de ejército institucionalizado, convertirla en una parte de su política general (Tamerlán es quizá el ejemplo más evidente de ese tipo de conversión). El ejército tan sólo es un compromiso. La máquina de guerra puede convertirse en mercenaria, o bien permitir que el Estado se apropie de ella en la medida en que lo conquista. Ahora bien, siempre existirá una tensión entre el aparato de Estado, con su exigencia de propia conservación, y la máquina de guerra, con su empresa de destruir el Estado, los sujetos del Estado, e incluso de destruirse o de disolverse a sí misma a lo largo de la línea de fuga. Si desde su propia perspectiva los nómadas no tienen historia, a pesar de que todo pasa por ellos, hasta el punto de que son como los «noumenos» o lo incognoscible de la historia, es porque son inseparables de esta empresa de abolición que logra que los imperios nómadas se disipen como por sí mismos al mismo tiempo que la máquina de guerra se destruye, o bien pasa al servicio del Estado. En resumen, la línea de fuga, cada vez que es trazada por una máquina de guerra, se convierte en línea de abolición, de destrucción de las demás y de sí misma. Y ahí es donde radica el peligro específico de este tipo de línea, peligro que se mezcla, pero que no se confunde, con los peligros precedentes. Cada vez que una línea de fuga se convierte en línea de muerte, nosotros no invocamos una pulsión interior del tipo «instinto de muerte», sino que seguimos invocando un agenciamiento de deseo que introduce una máquina objetiva o extrínsecamente definible. Así pues, no es una metáfora decir que siempre que alguien destruye a los demás y se destruye a sí mismo, es porque ha inventado en su línea de fuga su propia máquina de guerra: la máquina de

² GEORGES DUMÉZIL: sobre todo *Heur et malheur du guerrier*, P.U.F., y *Mythe et Épopée*, t. II, Ed. Gallimard. LUC DE HEUSCH: *Le Roy ivre ou l'origine de l'Etat*, Ed. Gallimard.

³ PIERRE CLASTRES: *La Guerre dans les sociétés primitives*, en la revista «Libre», núm. 1, Ed. Payot.

guerra conyugal de Strindberg, la máquina de guerra alcohólica de Fitzgerald... Toda la obra de Kleist se basa en la siguiente constatación: se acabó la máquina de guerra a gran escala como la de las Amazonas, la máquina de guerra ha pasado a ser un sueño que se disipa por sí mismo y da paso a los ejércitos nacionales (Príncipe de Hombourg); ¿cómo reinventar un nuevo tipo de máquina de guerra (Michael Kohlhaas)?, ¿cómo trazar la línea de fuga aun a sabiendas de que nos conduce a la abolición (suicidio a dúo)?, ¿haciendo la guerra por su cuenta?... Y si no es así, ¿cómo desbaratar esta última trampa?

Las diferencias no se establecen entre lo individual y lo colectivo, nosotros no vemos ninguna dualidad entre estos dos tipos de problemas: no existe sujeto de enunciación, pero todo nombre propio es colectivo, cualquier tipo de agenciamiento ya es colectivo. Las diferencias tampoco se establecen entre lo natural y lo artificial, puesto que los dos pertenecen a la máquina y se intercambian en ella; ni entre lo espontáneo y lo organizado, puesto que el verdadero problema atañe a las formas de organización; ni entre lo segmentario y lo centralizado, puesto que la centralización es una organización basada en un tipo de segmentariedad dura. Las diferencias efectivas se establecen entre las líneas, a pesar de que sean inmanentes unas respecto a otras, a pesar de que estén enmarañadas unas en otras. De ahí que el esquizo-análisis o la pragmática, la micropolítica, no consistan nunca en interpretar, sino únicamente en preguntar: ¿cuáles son tus líneas, individuo o grupo, y qué riesgos conlleva cada una? —(1.º) ¿Cuáles son tus segmentos duros, tus máquinas binarias y de sobrecodificación? Ni siquiera éstas nos vienen dadas de forma definitiva: no sólo estamos fragmentados por máquinas binarias de clase, de sexo o de edad, sino que además hay otras que no cesamos de desplazar, de inventar sin saberlo. ¿Y qué peligros corremos si hacemos saltar demasiado rápido esos segmentos? ¿Acaso no provocaríamos la muerte del organismo, que también tiene sus máquinas binarias hasta en sus nervios y en su cerebro? —(2.º) ¿Cuáles son tus líneas flexibles, tus flujos y tus umbrales? ¿Qué

conjunto de desterritorializaciones relativas y de re-territorializaciones correlativas? Y en cuanto a la distribución de los agujeros negros: ¿cuáles son los agujeros negros de cada uno, agujeros en los que se aloja una bestia o se nutre un micro-fascismo? —(3.º) ¿Cuáles son tus líneas de fuga, líneas en las que los flujos se conjugan, en las que los umbrales alcanzan un punto de adyacencia y de ruptura? ¿Son aún tolerables, o ya están atrapadas en una máquina de destrucción y de autodestrucción que recompondría un fascismo molar? Puede ocurrir que un agenciamiento de deseo y de enunciación se repliegue sobre sus líneas más duras, sobre sus dispositivos de poder. Hay agenciamientos que sólo tienen ese tipo de líneas. El resto de los peligros, mucho más flexibles y mucho más viscosos, nos acechan a todos, y ante ellos el único juez es uno mismo, siempre que no sea demasiado tarde. La pregunta «¿cómo puede desear el deseo su propia represión? no ofrece una dificultad teórica real, sino muchas dificultades prácticas en cada caso. Hay deseo desde que hay máquina o «cuerpo sin órganos». Pero hay cuerpos sin órganos que parecen acartonadas envolturas vacías debido a que hemos hecho saltar demasiado rápido y con demasiada fuerza sus componentes orgánicos: «over-dose». Hay cuerpos sin órganos cancerosos, fascistas, en agujeros negros o máquinas de abolición. ¿Cómo puede el deseo desbaratar todo esto trazando el plano de inmanencia o de consistencia que afronte en cada caso esos peligros?

No hay receta general. Se acabaron los conceptos globalizantes. Hasta los conceptos son haecceidades, acontecimientos. Lo interesante de conceptos como deseo, máquina o agenciamiento, es que sólo tienen valor en función de sus variables, del máximo de variables que permiten. Nosotros no somos partidarios de conceptos tan llenos de contenido como pompas de jabón, LA ley, EL amo, EL rebelde. Nosotros no contabilizamos los muertos y las víctimas de la historia, el martirio de los Goulags, para luego acabar concluyendo: «¡La revolución es imposible, pero como pensadores estamos obligados a pensar lo imposible, puesto que este imposible sólo existe en nuestro pensamiento!»

A nosotros nos parece que nunca habría existido el más mínimo Goulag si las víctimas hubiesen tenido el discurso que tienen hoy día los que lloran sobre ellas. Fue necesario que las víctimas pensasen y viviesen de otra forma para que los que lloran en su nombre, piensen en su nombre, y dan lecciones en su nombre, tuvieran materia en que pensar. Lo que les movía era su deseo de vivir, no su amargura; su sobriedad, no su ambición; su anorexia, y no sus vulgares apetitos, como diría Zola. A nosotros nos hubiera gustado hacer un libro de vida, no de contabilidad ni de tribunal, y poco importa que el tribunal sea popular o sea un tribunal del pensamiento puro. El verdadero problema de una revolución nunca ha sido: espontaneidad utópica u organización del Estado. Cuando se rechaza el modelo del aparato de Estado, o el de la organización del partido que se configura sobre la idea de conquistar dicho aparato, no hay por qué caer en una grotesca alternativa: o bien recurrir a un estado natural, a un dinamismo espontáneo, o bien convertirse en el pensador, pretendidamente lúcido, de una revolución imposible, y tanto más gratificante cuanto más imposible. El auténtico problema nunca ha sido ideológico, siempre ha sido de organización: ¿es posible una organización que no se configure según el modelo del aparato de Estado, incluso si sólo es para prefigurar el futuro Estado? Y en caso afirmativo, ¿será acaso una máquina de guerra con sus líneas de fuga? Hay que oponer la máquina de guerra al aparato de Estado: en todo agenciamiento, ya sea musical o literario, habría que evaluar el grado de vecindad con tal o tal polo. Pero, ¿cómo se modernizaría, sea cual sea el dominio, una máquina de guerra, cómo conjugaría sus propios peligros fascistas frente a los peligros totalitarios del Estado, sus propios peligros de destrucción frente a la conservación del Estado? En cierto sentido es muy simple, la cosa se hace sola y a diario. El error consistiría en decir: por un lado existe un Estado globalizante, dueño de sus planes y que tiende sus trampas; por otro, una fuerza de resistencia que, o bien adopta la forma de Estado, con lo cual nos traiciona, o bien cae en luchas locales parciales o espontáneas, que una y otra vez serán asfixiadas y derrotadas.

El Estado más centralizado no es en absoluto dueño de sus planes, también es experimentador, hace inyecciones, no logra preveer nada: los economistas de Estado se declaran incapaces de preveer el aumento de una masa monetaria. La política americana se ve forzada a proceder por inyecciones empíricas, y nunca por programas infalibles. ¿A qué juego triste y trucado juegan los que hablan de un Amo sumamente maligno para presentar de sí mismos la imagen de pensadores rigurosos, incorruptibles y «pesimistas»? Los poderes llevan a cabo sus experimentaciones sobre las diferentes líneas de agenciamientos complejos, pero sobre esas mismas líneas también surgen experimentadores de otro tipo, desbaratando las previsiones, trazando líneas de fuga activas, buscando la conjugación de esas líneas, precipitando o aminorando su velocidad, creando trozo a trozo el plano de consistencia, con una máquina de guerra que mediría a cada paso los peligros que encuentra.

Lo que caracteriza nuestra situación actual está a la vez más allá y más acá del Estado. El desarrollo del mercado mundial, el poder de las sociedades multinacionales, el esbozo de una organización «planetaria», la extensión del capitalismo a todo el cuerpo social, forman, más allá de los Estados nacionales, una gran máquina abstracta que sobrecodifica los flujos monetarios, industriales y tecnológicos. Al mismo tiempo, los medios de explotación, de control y de vigilancia, se hacen cada vez más sutiles y difusos, en cierto modo moleculares (los obreros de los países ricos participan necesariamente del saqueo del Tercer Mundo, los hombres en la sobre-explotación de las mujeres, etcétera). Pero la máquina abstracta, con su disfuncionamiento, no es más infalible que los Estados nacionales, que no logran regularlos en su propio territorio ni de un territorio a otro. El Estado ya no dispone de medios políticos, institucionales o financieros que le permitan hacer frente a los contragolpes sociales de la máquina, y es muy dudoso que pueda apoyarse eternamente en viejas fórmulas como la policía, el ejército, las burocracias, incluso sindicales, los equipamientos colectivos, la escuela, la familia. Más acá del Estado aparecen enormes fisuras

siguiendo las líneas de pendiente o de fuga que afectan principalmente a: 1.º el control del territorio; 2.º los mecanismos de sometimiento económico (nuevas características del paro, de la inflación...); 3.º los encuadramientos reglamentarios de base (crisis de la escuela, de los sindicatos, del ejército, de las mujeres...); 4.º la naturaleza de las reivindicaciones, que ya no son sólo cuantitativas, sino cualitativas («calidad de vida» más bien que «nivel de vida»); todo esto constituye lo que podríamos llamar un *derecho al deseo*. Así pues, no debe sorprendernos que resurjan todo tipo de cuestiones minoritarias, lingüísticas, étnicas, regionales, sexistas, juvenistas, no sólo a título de arcaísmo, sino bajo formas revolucionarias actuales que cuestionan, de forma enteramente inmanente, la economía global de la máquina y los agenciamientos de Estados nacionales. En lugar de apostar por la eterna imposibilidad de la revolución y por el retorno fascista de una máquina de guerra general, ¿por qué no pensar que un nuevo tipo de revolución está deviniendo posible, y que todo tipo de máquinas mutantes, vivientes, hacen guerras, se conjugan, y trazan un plano de consistencia que mina el plano de organización del Mundo y de los Estados? ⁴ Porque, repitámoslo una vez más, ni el mundo y sus Estados son dueños de su plan, ni los revolucionarios están condenados a la deformación del suyo. Todo se juega en la mayor incertidumbre, «cara a cara, espalda a espalda, espalda a cara...» La cuestión del futuro de la revolución es una mala cuestión, pues en tanto que uno se la plantea hay muchas personas que no devienen revolucionarias. Está hecha precisamente para eso, para impedir la cuestión del devenir-revolucionario de las personas, a todos los niveles, en cualquier lugar.

⁴ Sobre todos estos puntos, cf. FÉLIX GUATTARI: *La Grande illusion*, en «Le Monde».

ÍNDICE

I. Una entrevista, ¿qué es?, ¿para qué sirve?	
I.	5
II.	25
II. De la superioridad de la literatura angloamericana.	
I.	45
II.	61
III. Psicoanálisis muerto analiza.	
I.	89
II.	117
IV. Políticas.	
I.	141
II.	153